

LA VIDA EN

~~ROSA, VERDE, AMARILLO~~

X Vanguards

José Agustín Goytisolo

Para evitar ser desplazados por la televisión y sus seriados o culebrones, muchos semanarios y también algún diario, presentan en sus portadas fotografías de personajes habituales en las llamadas revistas del corazón o prensa rosa, a la que hacen la competencia anunciando que en su interior se comentan ampliamente las últimas noticias o murmuraciones de noviazgos, bodas, embarazos o separaciones de ciertas familias reales, artistas muy conocidas o mujeres de algún político.

Este desplazamiento hacia el rosa de la prensa periódica no se inventó en nuestro país para asegurar el éxito que supone aumentar el tiraje, pero aquí se ha llegado a mejorar en algún caso las cotas internacionales. Fotografías y textos en portada que quieren parecer insólitos en una publicación, se semejan a las portadas y textos de otra como un huevo a otro huevo. Con estas publicaciones ocurre lo mismo que con la publicidad de los detergentes: no les importa a las diversas empresas que tal cosa ocurra: se venden más o menos unas que otras, pero se venden, aunque el contenido que puede llamarse serio ceda ante las noticias rosa varias páginas y sus mejores periodistas y colaboradores escapen a la que puedan a otras publicaciones más dignas.

Un periódico debe tener diversas secciones: editorial, opinión, noticias nacionales y extranjeras... Pero no debiera dejar que la sección rosa y la de deportes impere en todos sus números, pues ocurriría que entre anuncios pagados y las dos secciones citadas, el contenido sería irrelevante.

En la que ya va siendo mi larga vida, he podido ver el au-

mento progresivo que en ciertos diarios y semanarios, que podíamos llamar serios, las noticias rosa y las deportivas han ido ganando en sus portadas. Durante la pasada dictadura este fenómeno era comprensible y justificable, pues los chismes, el fútbol, las bodas y los toros, nada tenían que ver con la omnipresente censura, que en dureza y efectividad llegaba hasta ~~obligar a~~ hacer el ridículo, con sus avisos y telefonazos, a los directores de ~~los~~ distintas publicaciones.

Parecía que, con la llegada de la democracia, la situación de los medios de comunicación cambiaría completamente, y en parte ha sido así. Escribo "en parte" porque se pueden contar con los dedos de la mano, o tal vez, benévolamente, de las dos manos, los periódicos y semanarios que no se han dejado avasallar por el género rosa y el deportivo. No tengo nada en contra de las publicaciones dedicadas, especial y únicamente, a los divorcios y bodas o al fútbol y otros deportes, pues no intentan salir de sus respectivos campos; al contrario, su campo es invadido por diarios y semanarios teñidos de rosa ~~de césped verde y goles.~~

Así, la "aldea total" no ha resultado ser un mundo en el que cada individuo pudiese comunicar con cualquier otro, sino un espacio en el que unos cuantos "comunicadores" pueden emitir lo que deseen los dueños del medio, o lo que les solicite el público pasivo: lectores, oyentes, televidentes y, naturalmente, anunciantes o grupos de presión. Por estos motivos y otros más complejos, se debe valorar el papel de propietarios y directores de cada uno de los medios de información, que saben que el mundo se ha convertido en un conjunto de múltiples aldeas, con la peculiaridad de que hay individuos y familias que no conocen ni a sus vecinos de escalera. Pues bien, la aldea total puede resultar la aldea rosa.

El mundo de una ama de casa, sea cual fuere su rango social aunque no su nivel cultural, no está formado por noticias de interés general: televisión, radio, revistas del corazón y has-

determinados diarios, la tienen informada de los acontecimientos del Principado de Mónaco, de la longitud exacta de la barba de don Jaime de Mora y Aragón y de si está o no verdaderamente embarazada una famosa actriz.

Para captar el interés de tantos miles de pequeñas aldeas, llegó el culebrón: le había precedido el serial radiofónico y las novelas por entregas. Muchas personas han sufrido las picaduras de los culebrones, pero no les importa, sino que las desean. Y aunque saben que son historias de ficción, no dejan de tener rasgos comunes con la prensa rosa: infidelidades, embarazos, abortos, lágrimas, divorcios y lo que convenga. La ficción y la realidad se entrelazan asombrosamente.

El rumoreo y la chismografía han existido siempre, aunque jamás con el poder avasallador que hoy tienen. Antes, en los pueblos, este papel lo jugaban algunas viejas comadres, y era un papel/^{socialmente/} importante: la gente se sentía unida, entre otras cosas, por los rumores y chismes. Y en las civilizaciones antiguas, como la romana, los chismes, bulos y verdades de las que duelen, se ventilaban entre la clase patricia: importantes poetas como Catulo, Marcial o Juvenal, nos han dejado una gran cantidad de epigramas y sátiras sobre la vida y costumbres de la gente de su entorno, de los que no se libraban ni los emperadores.

Cuando la historia de la humanidad se acelera, se aceleran también el rumor y la chismografía. La nobleza francesa estaba enterada de los gustos y caprichos de las amantes de Luis XIV o de Napoleón. Entre nosotros, escritores como Góngora y Quevedo, escribían críticas y sátiras sobre altos personajes de su época. Y más tarde, en tiempos de Isabel II, las repetidas y variadas infidelidades de la soberana -que nunca preocuparon a su marido, Francisco Asís, pues los gustos del real consorte iban por otro lado- eran aireadas en canciones y pliegos de cordel, y nadie se molestaba en palacio ni fuera de él.

Tiene razón Umberto Eco cuando dice que ^{una característica de/} los devoradores/as de la prensa rosa y también ^{de/} la escandalosa amarilla, es que entre ellos se borran las clases sociales. Antes, la vida de un rey era conocida en la corte y los nobles, y se iba diluyendo hasta llegar al pueblo, que añadía imaginación porque le faltaba información.

Hoy hay mucha gente que leído u oido hablar de la Guerra del Golfo, pero hay mucha más gente que sabe el color del traje de Raisa Gorbachov cuando los reyes de España fueron a recibirlas. Aquí, Carmen Polo de Franco y su hija Carmencita, fueron las pioneras de la prensa rosa, como era natural.

En fin, que somos un país chismoso, pero prefiero ésto a la pasada censura franquista. Mas es de desear que ^{se/} sigan las normas de una ética profesional, que alguna vez se incumplen. Repito lo que antes escribí sobre las primeras páginas: me refiero otra vez a las publicaciones serias, que dejan de serlo cuando salen con ^{cierto/} tipo de fotografías o ^{cuando/} los titulares tienden a competir con la prensa del corazón.

Párrafo aparte se merece el sector masculino, por llamarlo de algún modo, y no porque una parte de él, un medio porcentaje, lea la prensa rosa y la amarilla o se traguen algún culebrón.

Pero son cientos de miles los que cada día leen prensa exclusivamente dedicada al deporte, o bien — ^{los que} abren un periódico no especializado en temas deportivos por las páginas dedicadas al fútbol, preferentemente.

Saben los nombres de un montón de jugadores y árbitros, conocen sus vidas y sus gustos y lo que valen sus fichajes. Es como de mala educación declarar que no se sabe casi nada del deporte llamado rey: lo mejor es callar y desaparecer de la tertulia alegando alguna excusa. Hay que salvar la cara.